

H. P. Lovecraft

La llamada de Cthulhu

— Una versión de —

Álvaro Robledo



Ilustrado por
Felipe Machado

DESTINO



Título original: *The Call of Cthulhu*

Autor: **H. P. Lovecraft**

© Por la adaptación, **Álvaro Robledo**

© Por las ilustraciones, **Felipe Machado**

Diseño de colección: **Juanfelipe Sanmiguel**

DESTINO

©Editorial Planeta Colombiana S.A., 2019

Calle 73 n°. 7-60, Bogotá (Colombia)

www.planetadelibros.com.co

Primera edición: octubre de 2019

ISBN 13: 978-958-42-7590-5

ISBN 10: 958-42-7590-9

Impresión: xxxxxx xxxxx x x

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



DESTINO





CAPÍTULOS



I	El horror en arcilla	17
II	La narración del inspector Legrasse	41
III	La locura que llegó del mar	81

DESTINO



DESTINO

ENCONTRADO ENTRE LOS
PAPELES DEL FALLECIDO
FRANCIS WAYLAND
THURSTON, DE BOSTON

The background of the entire image is a dark green damask pattern. The pattern consists of repeating, stylized floral and foliate motifs, including acanthus leaves and scrolling vines, creating a dense and textured appearance. The color is a deep, forest green.

DESTINO





*“Es probable que de tales seres o poderes
inmensos exista un sobreviviente... un
sobreviviente de ese remotísimo periodo en
el que... la conciencia se manifestaba, quizá,
de maneras y en formas desaparecidas mucho
antes de la llegada de las mareas humanas...
formas que solo han podido ser atrapadas al
vuelo por la poesía y la leyenda, recuerdos
que han sido llamado dioses, monstruos,
seres míticos de todas las raleas...”.*

Algernon Blackwood









EL HORROR EN ARCILLA



Pienso que la cosa más misericordiosa que existe en el mundo es la incapacidad de la mente humana de correlacionar todos sus contenidos. Vivimos en una plácida isla de ignorancia perdida en medio de los negros mares del infinito: jamás se esperó que llegáramos muy lejos. Las ciencias, cada una halando en su propia dirección, nos han causado poco mal hasta

ahora; pero algún día, la unión de conocimientos disociados nos abrirá visiones tan aterradoras de la realidad y de nuestra temerosa posición dentro de ella, que nos harán caer en una locura causada por esta revelación o nos obligarán a escapar de la mortal luz para entrar en la paz y la seguridad de una nueva edad oscura.

Los teósofos se han aventurado en la asombrosa grandeza de los ciclos cósmicos, de los que nuestro mundo y la raza humana son solo incidentes pasajeros. Aludieron a extraños sobrevivientes en términos que helarían la sangre si no los hubieran enmascarado con su blando optimismo. Pero no es de ellos de quienes nos llegó el resplandor fugaz de eones prohibidos que me producen escalofríos cuando los pienso y que me llevan a la locura cuando los sueño. Esa vislumbre, como todos los resplandores de la verdad, salió a la luz por la unión accidental de piezas separadas, en nuestro caso, un viejo artículo de periódico y las notas de un profesor muerto. En verdad espero

que nadie más logre unir de nuevo estas piezas: mientras viva, jamás prestaré un eslabón para continuar esta espantosa cadena. Creo que también el profesor pretendía guardar silencio en torno a lo que él sabía, y que habría destruido sus notas si no se lo hubiera llevado la muerte repentina.

Mi conocimiento del asunto empezó en el invierno que pasaba de 1926 a 1927 con la muerte de mi tío abuelo George Gammell Angell, profesor emérito de Lenguas Semíticas de la Universidad de Brown en Providence, Rhode Island. El profesor Angell era ampliamente reconocido como autoridad en inscripciones antiguas y había sido buscado con frecuencia por los directores de los museos más importantes, por lo que su muerte a los noventa y dos años es recordada por muchos. A nivel local, el interés se vio intensificado por la oscuridad sobre la causa de su muerte. Según algunos testigos del incidente, el profesor, a su regreso del puerto, fue empujado por un negro con pinta de marinero que había salido de uno de los



DESTINO

oscuros caminos de la colina y que servía de atajo entre el frente marítimo y la casa del difunto en la calle Williams. Los médicos fueron incapaces de encontrar un trastorno visible, pero concluyeron, tras un debate confuso, que una oscura lesión del corazón, producida por el abrupto ascenso de la empinada colina por parte de un hombre de esa edad, había sido la responsable de su final. En ese momento no vi razón alguna para discrepar sobre este dictamen, pero últimamente me pregunto... y sí que me pregunto.

Como único heredero de mi tío abuelo, pues murió viudo y sin hijos, se esperaba que yo revisara sus papeles con algún detalle, y para este fin trasladé todas sus cajas y archivos a mis aposentos en Boston. Gran parte del material que analicé fue luego publicado por la Sociedad Americana de Arqueología, pero había una caja en particular que me pareció enigmática en exceso y que no quise mostrarle a nadie. Estaba cerrada con candado y no encontré su llave hasta

que se me ocurrió examinar el llavero personal que el profesor siempre cargaba en su bolsillo. Entonces logré abrirla, pero cuando lo hice me pareció enfrentarme con otro cerrojo más grande y blindado. Pues, ¿cuál podría ser el significado de ese extraño bajorrelieve en arcilla y de esos desarticulados garabatos, divagaciones y recortes que encontré? ¿Habría caído mi tío abuelo en sus últimos años en las más superficiales imposturas? Decidí entonces buscar al excéntrico escultor responsable de esta aparente perturbación de la paz mental de un viejo.

El bajorrelieve era un burdo rectángulo de más o menos dos centímetros y medio de espesor y de doce por quince de área, por supuesto de origen moderno. Sin embargo sus diseños distaban de ser modernos en atmósfera e intención, pues si bien los caprichos y extravagancias del cubismo y el futurismo son muchos y salvajes, difícilmente reproducen la críptica regularidad que acecha en la escritura prehistórica. Y la gran mayoría de

estos diseños parecía ser algún tipo de escritura, si bien mi memoria, a pesar de la mucha familiaridad con los papeles y colecciones de mi tío, me falló a la hora de identificar este tipo particular de caligrafía, ni tampoco pudo darme pista alguna de sus más remotas filiaciones.

Sobre estos presuntos jeroglíficos se encontraba una figura con una evidente intención gráfica, si bien su ejecución impresionista impedía que uno se hiciera una idea muy clara de su naturaleza. Parecía ser una especie de monstruo o un símbolo que representaba un monstruo, con una forma que solo podría ser concebida por una imaginación enferma. Si dijera que mi imaginación, extravagante de por sí, fundió en simultánea las imágenes de un pulpo, un dragón y una caricatura humana, no estaría siendo infiel al espíritu de la cosa. Una cabeza pulposa y tentacular coronaba un cuerpo grotesco y escamado dotado con unas alas rudimentarias, pero era el *contorno general* el que daba una impresión alarmanamente

espantosa. Detrás de la figura se veía la vaga sugerencia de una arquitectura ciclópea.

Los escritos que acompañaban esta extrañeza eran, aparte de una pila de recortes de periódico, anotaciones muy recientes hechas con el puño y letra del profesor Angell que no tenían ningún tipo de pretensión literaria. El que parecía ser el documento principal tenía por título “CULTO DE *CTHULHU*”, escrito en letras delineadas con esmero para evitar la lectura errónea de una palabra tan desconocida. El manuscrito estaba dividido en dos partes, la primera con el encabezado “1925 —Sueño y Trabajo con sueños de H. A. Wilcox, #7 de la calle Thomas, Providence, R. I.”, y la segunda “Narración del inspector John R. Legrasse, #121 de la calle Bienville, New Orleans, La., 1908 s. A. A. —Notas relacionadas y relato del profesor Webb”. Las otras hojas del manuscrito contenían notas breves, algunas con registros de los extraños sueños de distintas personas, otras con citas de libros de teosofía y de revistas (en particular *Atlantis* y

la perdida Lemuria, de W. Scott-Elliot), y el resto con comentarios sobre sociedades y cultos secretos de vieja data, con referencias a pasajes de libros de mitología y antropología como *La rama dorada*, de Frazer, y *El culto a las brujas en Occidente*, de la señorita Murray. Los recortes hacían referencia, sobre todo, a enfermedades mentales y a estallidos de locura o de manías colectivas en la primavera de 1925.

La primera mitad del manuscrito principal contaba una historia muy particular. Al parecer, el 1 de marzo de 1925 un joven delgado y de aspecto neurótico y excitado visitó al profesor Angell. Llevaba con él el singular bajorrelieve de arcilla, que en ese momento estaba muy húmedo y fresco. En su tarjeta ponía el nombre de Henry Anthony Wilcox, y mi tío lo reconoció como el hijo menor de una excelente familia que él vagamente conocía. El joven estudiaba Escultura en la Escuela de Diseño de Rhode Island y vivía solo en el edificio Fleur-de-Lys cerca de esa institución. Wilcox era

un muchacho precoz, de genio reconocido y de una gran excentricidad, quien desde la infancia había llamado la atención con las raras historias y sueños extraños que tenía la costumbre de relatar. Decía que era un “hipersensible psíquico”, pero la gente seria de esa antigua ciudad comercial lo catalogaba con el simple apelativo de “raro”. Nunca se acercó mucho a sus pares y poco a poco abandonó la visibilidad social. Era solo conocido por un pequeño grupo de estetas de otras ciudades. Incluso el club de artistas de Providence, ansioso por preservar sus costumbres, lo encontró del todo irreparable y sin futuro.

Cuando lo visitó, decía el manuscrito del profesor, el escultor le había preguntado de manera abrupta acerca de sus conocimientos sobre arqueología y le pidió que le ayudara a identificar los jeroglíficos del bajorrelieve. Hablaba de una manera ensoñadora y altisonante que sugería una pose y una empatía forzada, por lo que mi tío mostró agudeza al responder, pues la frescura

conspicua de la tableta mostraba una cercanía absoluta con cualquier cosa menos la arqueología. La respuesta del joven Wilcox impresionó tanto a mi tío como para que la recordara al pie de la letra, de una naturaleza tan poética que lo llevó a pensar que así debía ser su manera de expresarse y que desde entonces la he visto como uno de los rasgos característicos de su personalidad. Dijo “en verdad es algo nuevo, pues lo vi anoche en sueños de extrañas ciudades, y los sueños son más antiguos que la melancólica Tiro, la contemplativa Esfinge o la Babilonia vestida de jardines”.

Fue entonces que empezó ese relato delirante que de inmediato despertó un adormecido recuerdo y ganó el fervoroso interés de mi tío. Un leve terremoto había sacudido la tierra la noche anterior, el de mayor magnitud en muchos años en New England, y la imaginación de Wilcox se había visto fuertemente afectada. Al dormir, había tenido un sueño sin precedentes de inmensas ciudades ciclópeas construidas con calles titánicas



DESTINO

y monolitos que amenazaban los cielos, todos chorreantes con una siniestra baba verde cargada con un horror latente. Los jeroglíficos cubrían los muros y los pilares, y desde un punto indeterminado, en lo más bajo, provenía una voz que no era una voz, era una sensación caótica que solo el capricho habría podido transmutar en sonido, pero que él intentó reproducir con el más impronunciable batiburrillo de letras:

CTHV LHV FHTA GN

Esta maraña verbal era la clave de los recuerdos que excitaron y perturbaron al profesor Angell. Interrogó al escultor con minuciosidad científica y estudió con una intensidad casi frenética el bajorrelieve que el joven había estado trabajando, congelado y vestido solo con sus pijamas, mientras dormía. Mi tío culpó a su edad avanzada, dijo después Wilcox, por su lentitud en reconocer los jeroglíficos y los diseños pictóricos. Muchas de